



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Año 4 Número 5 - Marzo de 2017

Umbral

Revista Literaria

Sentada a la orilla de la vida

Me siento a la orilla de la vida
tratando de mirar en mis adentros
cuantos errores y cuantos desaciertos
cuantas lágrimas surcaron mis mejillas

Soy apenas una foto desvaída
de lo que una vez fue la presencia
de una mujer fuerte y aguerrida
de la que ahora no queda ni la esencia

Soy como álbum arrinconado en el estante
al cual de vez en cuando repasamos
para ver que nada es como era antes
ni nada del pasado nos llevamos

Quizás atesoremos los recuerdos
y las vivencias que nos dieron alegrías
las tristezas seguro las dejamos
para que no nos estorben la partida

Tal vez mañana no sienta lo que hoy
y pueda otra vez mirar el sol radiante
pues sin dudar lo soy un caminante
en este mundo de angustias y dolor

Sentada a la orilla de la vida
como quien mira a través de un ventanal
percibo que tal vez lo que hice mal
fue haber sido una mujer comprometida

con su conciencia, deberes y familia.
¿No es más feliz quien es más "personal"?
Aunque tal vez le llamen egoísta
seguro que tendrá un mejor final
sin las noches de insomnio y de vigilia

Adelfa Martín

Para una grande, para ti Adelfa

Personas como tú no deberían irse nunca. Por más que nos consolemos con que nos dejas un legado y con todo lo que nos inculcan desde niños para ir acostumbrándonos a despedirnos de nuestros seres amados, nosotros queremos tenerlos, saber que están allí presentes para recurrir a ellos en cualquier momento, y la realidad es que debemos consolarnos de que permanecerás en las mentes y corazones de quienes te hemos conocido personalmente y de quienes no. Mi caso particular es a través de las redes, pero la personalidad traspasa la pantalla y por supuesto atrapaste el corazón de quienes formamos SAINDE, confiaste en nuestro proyecto desde su inicio y nos deseaste lo mejor en tus mensajes.

Extrañaré tus Tuits y tus RTs

con tu poético aliento, y Umbral, la revista, llorará la ausencia del encanto tu poesía.

Silvia Campero
Editorial



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 4 - Número 5 - Marzo de 2017

Director: Eric J. Lagarrigue
Editor: Eric J. Lagarrigue
Coeditor: Henry G. Aguiar
Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada: Eric J. Lagarrigue
Dirección artística: Silvia Campero
Webmaster: Enrique Lagarrigue
Columnista: Víctor A. Hernández

Colaboradores de esta edición

Adelfa Martín-Francisco Vernet-Ignacio Castellanos
Jonatan Bedoya-Juan D. Marín-Lalo Lemme-Nina Peña
Silvia Campero-Victor Alex Hernández-Victor Pardo

Contacto: sainde.info@gmail.com
Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (Silvia Campero) 1

Poesía

Pérdida (Francisco Vernet) 3

Maggic (Jonatan Bedoya Zapata) 7

A mi computadora (Juan Diego Marin) 17

Eternidad (Jonatan Bedoya Zapata) 18

Sensaciones 9 (Silvia campero) 26

Cuentos

La Draconia Infernalía
(Ignacio L. Castellanos) 5

Teresa (Lalo Lemme) 8

El revólver encantado
(Ignacio Castellanos) 19

Umbral
(Nina Peña) 29

Misceláneas

Justificación - Declaración de intenciones
ensayo (Juan Diego Marin) 22

Frases Célebres
(Victor Alejandro Hernández García) 32

Teatro

La Exagerada: "Amor, ya llegué"
Radioteatro (Victor Gabriel Pardo) 30

Maestros

Sentada a la orilla de la vida
(Adelfa Martin) 25

Reseña

"El Rastreador" de Blanca Miosi
(Silvia Campero) 27



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Pérdida

En cada pérdida, hay siempre, una pena.
Una pena, que se asoma temerosa...
Temerosa, de escurrir en la piel, cuan evidencia del dolor que en sí
contiene;
sí... que contiene, entre milimétricas esencias,
todas ellas, evidencias de dolencias de añorar...
Extrañar, en silencio...
A gritos, y entre gemidos... ¡Jadear!
¡Pérdida!
Almanaque de tristezas...
Bodegones de Nostalgias,
Penas, que enjutan lágrimas de dolientes añoranzas,
Y de olvido, que necio se niega a perdonar el momento,
en que la ira te domina...
Y gritas... Implorando,
La razón, misma que en el silencio... se desvanece,
al correr del eco que se estrella en la vacuidad de la nada...
El olvidó mismo,
Que se despoja de tus menudencias.

En cada pérdida,
Tus colores...
Matices embelesados de raíces...
Tuyas y mías,
Oquedades llenas de ósculos robados,
Roces...
Muecas,
Rápidos ensayos de amor matutino,
Bajo del primer rayo de sol,
Qué curioso entraba en nuestro lecho,
Robada intimidad... si bien, compartida; hoy tendida en pajas de
liviana añoranza, y deseos cojos...
Hundidos en pasados mal paridos,
Mal deseados...
Mal venidos.

De tiempos pasados, nuestros pretéritos,
entre pretextos fruncidos, que yacen forzados en tintas secas,
plantados en líneas mal concebidas, junto a mis necias pérdidas...
Que al escurrir... arrastran el todo de ti, entre esencias,
que de mis dedos escapan... como huérfanos hilos de añoranza,
aferrados a tus deseos.

En cada pérdida, Invariablemente,
una pena... que temerosa muestra del dolor que hilvana,
al entretejer memorias, y menudencias, de amores...
que, con desdén, y desamor, te grito...
despotricando deseos cojos, de necesidades serias.
Aferrado a tus deseos...
amores al alba, y pajas de liviana añoranza.
Amor con desamor... en cada pérdida, una pena.



Francisco Vernet

Ciudad de México, México - 1964

La Draconia Infernalia

La Draconia Infernalia o también conocida comúnmente como “carrera de dragones”, es el deporte más famoso después de “El Torneo Sempiterno” en Las Tierras Altas.

Tiene su origen en el final de la guerra contra los señores demoníacos hace ya 150 años. En un primer momento, la Draconia Infernalia era una mera festividad para conmemorar el fin de la guerra, pero ahora es un símbolo de orgullo nacional para todos los países que participan en ella.

La Draconia Infernalia se celebra anualmente, siempre en un territorio neutral protegido con magia para que ningún percance o acto terrorista pueda estropear el campeonato. En él participa el mejor de cada país, el cual es escogido tras salir victorioso en los campeonatos nacionales de su lugar de origen.

Toda Draconia Infernalia se desarrolla de la misma manera. Los participantes deben enfrentarse en una carrera de 5 vueltas a lomos de un dragón. Normalmente los dragones portan los colores del blasón de su país o región. Las vueltas suelen darse alrededor de una cadena montañosa, ya sea real o creada mediante encantamientos. Todo acto de violencia con magia o armas de cualquier tipo está totalmente prohibida. Solo pueden hacer uso de su coraje e ingenio para llegar primero a meta. Para que estas normas se lleven a cabo, un grupo de jueces, normalmente 4 de diferente raza cada uno, sigue de cerca el torneo, ya sea mediante magia, tecnología, o a lomos de una criatura propia.

<<Si desea ahondar más en el deporte rey El Torneo Sempiterno, puede consultar el libro “Normas y trasfondo a lo largo de la historia de El Torneo Sempiterno, por el ex entrenador Libelillo Stirlo”>>.

<<Para más información acerca de la guerra contra los Señores Demoníacos, consulte nuestras nuevas reediciones de los libros, “Guerra o cruce de intereses contra los Señores Demoníacos, por

Telomino Comino” y “Tácticas y políticas usadas en las guerras demoníacas por Belicalio Peridelio”>>.



Ignacio Castellanos

Asturias, España, 1988

Maggic

Una penumbra huye de la luna, un susurro se convierte en brisa y un respirar es descubierto, hay algo nuevo en este lugar, un eterno bosque que es menos grisáceo cada vez, las aves cantan en torno a una voz suave y unos ojos más suaves dilatan el tiempo, resplandecen en este espacio, son los ojos de una mujer, son los ojos de la hija de la luna.

Las hojas ya no caen y ya no crujen fantasmas, un aura nueva cubre el mundo, un aura de auto-descubrimiento y que pertenece a ella, allí, se siente nacer, vivir y surgir con un aire de misterio, con un palpitar de poeta, una innegable tranquilidad, la aurora tiene nombre propio, un grato nombre, Maggic.



Jonatan Bedoya Zapata
Ibagué, Tolima, Colombia

Teresa

La relación había comenzado de la manera menos previsible. Se conocieron en la casa de él, en un clima de formalidad. Era un pequeño grupo de personas que, sentadas en la galería principal de la casa, tomaban un copetín.

Teresa había advertido de entrada, que el dueño de casa tenía algo especial, muy de su gusto, pero pensó que no existía ninguna posibilidad de un encuentro entre ellos. Esto la calmó, la hizo actuar con naturalidad y entablaron una amable conversación sobre diversos temas.

En un momento dado del atardecer, las otras personas se habían dispersado por el jardín y ellos quedaron solos. Siguió tranquila, cuando de pronto él le preguntó con total simpleza y sin vueltas, si le gustaría quedarse a pasar la noche allí.

Ella se rio. No sintió ninguna molestia y le contestó que no tenía inconveniente en hacerlo.

Luego, en grupo, prepararon la comida y celebraron la vida con unos buenos vinos.

Llegada la hora, muy suelta de cuerpo, les dijo a sus amigos que se quedaría a dormir y, luego de la partida de ellos, se vio desnuda en el cuarto del dueño de casa y en su cama.

La primera relación no puede decirse que fue buena, por aquellas cosas del desconocimiento de los tiempos, que existe entre las personas que intiman por primera vez.

La comunicación se hizo cotidiana y vinieron nuevos encuentros.

La pasión iba creciendo entre ellos en forma desbordada. Cada día las relaciones eran más y más intensas y parecía que la gloria les pertenecía.

A la hora del amor, con sus piernas envolvía la espalda de su hombre y con las manos lo atraía, pues deseaba ser penetrada por todo su cuerpo.

Este sentimiento, cuya resolución era obviamente imposible, fue tomando otro carril en su mente. Cuando se acoplaban, imaginaba que toda la sangre del amante se vertía en su cuerpo, se fundían sus torrentes y que aquella confusión de roja efervescencia, era la llave a un paraíso imposible de describir.

Cada vez vivía con mayor intensidad este sentimiento al hacer el amor, pero su mente no satisfecha con esas fantasías, empezó a elucubrar que podría morderle una de las muñecas y beber su sangre. Sentir su gusto, le agregaría más realismo a esta amalgama de sus cuerpos que tanto ansiaba.

Sus delirios iban creciendo de más en más. Ya decididamente su mayor fantasía erótica, era que él con todo su cuerpo se introdujera en su vagina y circulara por su interior, mientras ella irrumpiría en un orgasmo extremo del que no volvería por horas.

Teresa algo advirtió inconscientemente, pero como su ceguera para ver la realidad circundante era de tal magnitud, no lo captó con la consciencia. Sintió en sus manifestaciones de placer un desajuste, que la dejaba un tanto insatisfecha.

Su vibrante sexualidad parecía disminuir, como si el fantástico néctar de sangre que ella imaginaba introducir en su cuerpo cada vez que hacia el amor, se fuera debilitando y perdiendo fuerza. Supo que algo tambaleaba y sólo se preocupó por desear más intensamente esas eróticas transfusiones sin detenerse a mirar a su partenaire.

Un día, en un café, él le dijo de manera cabizbaja, que había ido al médico a raíz de un gran cansancio que sentía en forma cada vez más notoria y que luego de una serie de estudios y análisis, el médico le había diagnosticado, un raro caso de anemia. Según parecía, su médula había dejado de producir la cantidad normal de glóbulos rojos y esa era la causa por la que estaba casi translucido y desgano a más no poder.

Esa fue la primera vez en un largo tiempo, que la mujer lo miró a la cara y le pareció un desconocido. Tal era su apetito sexual y su egocentrismo, que no había advertido, en el transcurso de esos meses, el desmejoramiento que venía sufriendo.

No tuvo otro remedio que aceptar las limitaciones que el amante le puso respecto a la actividad sexual, ya que no tenía aliento y fue entonces que ella en un raptó de salud mental, se atrevió casi tímidamente, a relacionar sus fantasías con la salud de él.

Primero se sintió agitada, luego preocupada y finalmente culpable. Cuando llegó a este último estadio, decidió hacer una consulta con un psicólogo.

Como pudo, trato de explicarle la situación que estaba viviendo. Intentó un relato breve de sus elucubraciones mentales en relación a su actividad sexual, de modo que el profesional pudiera seguir la secuencia de lo sucedido. El psicólogo, no se apartó de los cánones de rigor y le recomendó que ella debía hacer psicoterapia y que su pareja por su lado, debería hacer el tratamiento pertinente para curar su anemia, desvinculando totalmente las fantasías de la mujer, de la enfermedad que le había sobrevenido al hombre.

No quedó muy conforme con estas indicaciones, porque no se adecuaban a su pensamiento mágico, pero a pesar de todo decidió someterse al psicoanálisis, respecto del cual poco y nada conocía.

Lo primero que la perturbó, fue la advertencia del profesional que la atendía, de que un tratamiento de ésta índole llevaría un largo tiempo, quizás años, y que era absolutamente necesario que se sometiera al mismo.

En principio no pensó en abandonarlo, pero ansiosa como estaba, decidió que, en forma paralela, consultaría con un parapsicólogo.

El hombrecito, que la atendió en un lugar oscuro y lleno de humo, tenía un aspecto ridículo que le causó un poco de temor. Comenzó a rodearla, munido de un sahumero y luego de esta ceremonia inicial, la sentó en un escritorio mínimo y le pidió que le contara la razón de su visita. Ella se explayó lo más rápido que pudo, para poder terminar el relato y el hombre después de escucharla, le recomendó que comprara unas piedras rosadas, que durmiera con ellas debajo de la almohada y en diez días volviera a verlo.

La mujer siguió al pie de la letra las recomendaciones del hombre, y durante dos o tres días pernoctó con las piedras, hasta que irritada de despertarse con dolor de cuello, decidió ponerlas en su escritorio, en donde al fin de cuentas pasaba más horas que en la cama, a la espera de algún resultado.

Mientras tanto, la relación con el amante entró vertiginosamente en un cono de sombras, que dejó entrever con claridad, que la razón del fuerte vínculo que tuvieron, pasó por la cama y que apaciguados los avatares del sexo, eran dos extraños sin nada para decirse.

Al poco tiempo del experimento con las piedras, la mujer decidió volver al parapsicólogo, quien desbordado por su relato y sobre todo por el nefasto resultado que sus deseos habían causado sobre su compañero sexual, le recomendó que visitara a un cura famoso por realizar exorcismos.

La mujer se retiró indignada de la casucha del mano santa, profiriendo insultos de toda índole.

Ya en su casa y para calmar su angustia se apoderó de una caja de bombones y sin reparar en la cantidad que había, la terminó con la velocidad del rayo.

Sintió un bienestar inmediato. Se relajó, pudo ver televisión, luego comer algo liviano por el atracón de dulces que tenía y leer en la cama, algo que hacía meses no conseguía lograr.

Al día siguiente, menos estresada que lo que se había sentido casi habitualmente en los últimos meses, se dirigió al quiosco que había en la esquina de su casa, donde una mujer obesa, pintarrajeada y con cara de libidinosa, pasaba horas detrás del ventanuco de expendio.

Volvió con el tesoro de dulces adquirido y se recostó en su cama a saborearlos, casi en un ritual orgiástico.

Dos días después realizó la misma operación y rápidamente su mente fantasiosa a más no poder, comenzó a imaginar que un amante empalagoso recorría su cuerpo con la lengua áspera de azúcares y le producía placeres hasta entonces desconocidos.

Así, con esos pensamientos lograba dormirse y de a poco recuperó los ciclos del sueño que tan alterados tenía últimamente.

Una tarde que habló con el anémico, decidió con suma practicidad, que ella no tenía nada que ver con la historia de su enfermedad y cansada como estaba de conversar de cosas intrascendentes, decidió dar por terminado el vínculo, ya que al final de cuentas, no sólo él había padecido en estos últimos tiempos, sino que ella también se había visto arrastrada, a un sufrimiento que ahora consideraba gratuito.

Ya con mejor ánimo, tuvo la curiosidad de visitar al cura especialista en exorcismos que le había recomendado el parapsicólogo. Logró comunicarse con él telefónicamente y combinar una cita.

Esa tarde, antes de partir hacia la iglesia de las orillas en donde era párroco, pasó por el quiosco de la mujer obesa y casi a golpe de ojo se dio cuenta que la mujer había tenido una evidente pérdida de peso. No sospechó nada y siguió su marcha al encuentro del exorcista. Este escuchó el relato y con mucha calma le dijo que nada de lo que le había contado, le hacía pensar en un estado de posesión de ninguna especie ni magnitud. Le explicó que había personas de tan fuerte temperamento, que con sus deseos lograban interferir en la vida de los otros y que a mayor cercanía en el trato, más susceptibles eran de sufrir las consecuencias de la fortaleza psíquica del otro.

Esta explicación le causó un poco de estupor, pero al mismo tiempo la contentó, porque al fin y al cabo no era responsable de tener ese poder.

Cuando al día siguiente volvió a comprar los dulces, que le iban haciendo perder su figura de a poco, pero ya en forma un tanto evidente, le preguntó a la quiosquera si estaba enferma, porque la notaba mucho más flaca y pálida. La mujer le comentó que no sabía qué le pasaba. Ella seguía con sus hábitos de vida y sin una razón aparente había bajado nueve kilos. El médico al que iba desde hacía ya mucho tiempo, le había pedido diversos análisis y no lograba detectar la razón de este espontáneo adelgazamiento.

Esta conversación la conmovió, porque en cuanto llegó a su casa y estuvo a punto de comer el primer chocolate, algo más fuerte que el deseo por lo dulce, la paró en seco y asoció la anemia de su pareja, con el adelgazamiento de la mujer obesa.

Testaruda como era, desistió de la primera idea que se le vino a la cabeza, que era no comprar más chocolates en el negocio de la mujer con la que había cambiado algunas palabras, porque pensó que ello implicaba demasiada superstición.

Al cabo de unos diez días, observó que la mujer seguía su precipitada pérdida de peso y en ese momento, afligida por el hecho evidente a simple vista, decidió volver al cura que había visitado.

Este, con palabras que trataban de ser de aliento, le explicó con simpleza, que intentara hacer alguna experiencia concreta, premeditada, que le diera un poco más de certeza a su incipiente sospecha.

Volvió a su casa con la preocupación de cuál podría ser la materia de esto que le sugería el cura. Pasó varios días pensando, hasta que de pronto se le ocurrió que le pediría a la vecina, que criaba pájaros, que la dejara entrar a conocerlos.

Tenía una jaula inmensa, con innumerables canarios cuyo colorido era realmente armonioso y producía placer.

Le dijo a la mujer que deseaba verlos, porque tenía pensado comenzar, como un entretenimiento, a criar esos animalitos y que le quería proponer, que le vendiera la que sería la pareja inicial, que daría origen a su propia colección. Para ello debía observarlos hasta que se decidiese por el par que le interesara.

La vecina accedió y la invitó a que fuera de mañana, después de las once y que se tomara, para la elección que pretendía hacer, el tiempo que considerara necesario.

Concurrió a la casa y de verdad se interesó por los pájaros pero sin desearlos realmente. Nada extraño sucedió hasta ese momento. Pero un día resultó que ya había logrado identificar a un canario de color un tanto anaranjado, con tonos pasteles en el pecho, al cual observaba con atención. Se daba cuenta de que el bicho le causaba gracia, por sus comportamientos.

Esto pasó durante una semana, en la que el interés de Teresa por ese canario iba creciendo. Una mañana cuando llegó, la dueña de casa la recibió con la cara demudada y con gran pesar la acompañó hasta la jaula, en donde el pajarito yacía tieso en el piso.

Angustiada y muy asustada no demoró ni un día en ir a visitar al cura. Lamentablemente esa tarde, al llegar a la parroquia, se enteró de que el padre había viajado a la capital por temas de su trabajo pastoral. Esto le causó un enorme desasosiego y como quien tomaba al toro por las astas, pidió un turno extra en el psicólogo.

Llegado el día de la sesión, algo de orden superior la retuvo y no pudo acudir. Se sentía aterrada. Pensó en ir a misa, confesarse, comulgar. Se vio a sí misma como una herramienta del mal y trató de descifrar cuál sería la causa de esta extraña afección que estaba sufriendo.

Mientras tanto volvió a la parroquia y se enteró que el cura ya estaba de regreso. Esa tarde fue a verlo. Muy alterada, le relató lo sucedido.

El sacerdote, preocupado por ver a la mujer en este estado calamitoso, la invitó a que realizara un retiro espiritual, cuyo principal objetivo sería hacer una introspección, y tratar de recordar, si de chica había tenido alguna experiencia de este tipo, como para poder determinar, si era una potestad que ella poseía ya de niña y en tal caso ver qué posibilidad había de usarla para beneficiar a los otros o si era producto de alguna situación de vida reciente, que derivaba de algo doloroso y que por eso causaba daño a terceros.

En su casa, se puso a pensar en la propuesta y en principio se negó a someterse a ese extraño retiro. No se sentía capaz de volver al pasado y no tenía idea ni siquiera por dónde podría empezar a buscar en él.

Repentinamente le vino a la cabeza un recuerdo, que la dejó impresionada. Se acordó de su infancia, de su prima Margarita, que era contemporánea suya y que había tenido la dicha, de que los Reyes Magos le trajeran una hermosa bicicleta, un año antes de que ella recibiera el mismo regalo.

Se le vino a la cabeza, como un retrato que permaneciera inmutable, el día aquel que fueron juntas, con la mamá de Margarita, a la plaza del barrio y su primita subió por primera vez a la bicicleta, munida de las consabidas rueditas para los principiantes.

Al recordar, resintió en su rostro un calor que la puso rubicunda y sufrió un aceleramiento en su pulso, igual al que había sentido a esa corta edad. Se vio a sí misma, corrompida por la envidia que sintió al verla a Margarita montada en la bicicleta y volvió a sentir el deseo intenso, no expresado en esa oportunidad, por timidez quizás, de dar una vuelta en ese objeto que tanto ansiaba tener. Era como si el deseo, hubiera permanecido encapsulado en el tiempo y ahora de nuevo desplegara sus alas y se hiciera sentir con toda su fuerza. De inmediato, en forma simultánea, tuvo la imagen de su prima, que iba en línea recta por la ancha vereda de la plaza, hasta que en un momento dado sin razón aparente, dobló el manubrio y se dirigió directamente a embestir a un banco de cemento. Por último se acordó con lujos de detalles, de Margarita tirada en el piso, en medio de un llanto desmesurado y con la cara ensangrentada por el golpe que había sufrido en la nariz.

Ese recuerdo intenso fue decisivo. No hacía falta más para aceptar lo que hubiera querido negar. No valía la pena internarse en ese convento, hacer un retiro espiritual, ni nada de eso.

En realidad, pensó que no debía mezclar a la religión con lo que le pasaba y cuyo nombre no tenía idea cuál podría ser, dentro del amplio espectro de situaciones desconocidas por el ser humano común y corriente.

Cuando se lo contó al sacerdote, éste bastante visionario a su vez, le aconsejó que debía continuar con el tratamiento del psicólogo y ver de seguir una línea de investigación, que a la vez consistiera en un tratamiento que le permitiese determinar el origen de lo que le sucedía y sobre todo cuál podría ser su

porvenir.

El psicólogo la atendía con extrema precaución. Le parecía un tanto extraño el relato de los sucesos. En realidad le resultaba inverosímil la vinculación que la mujer atribuía a esos hechos que le relataba, con las supuestas "facultades" de las que le habían hablado en su oportunidad.

El profesional le había propuesto hacer un repaso de su vida. La indujo a buscar el recuerdo de hechos traumáticos, no vinculados a sucesos extraños como el de la bicicleta, sino a sus afectos, a sus relaciones parentales y a las pérdidas que podría haber sufrido a lo largo de su vida. Sospechaba, que la razón de esta situación podría estar en una especie de desdoblamiento de la personalidad, que la indujera a creerse culpable de hechos, que a lo mejor no sucedían en la realidad y que ella imaginaba, o que sucedían, pero con otros matices totalmente distintos, a los que ella prejuizgaba de antemano como de su responsabilidad.

En el relato de su infancia, salió a la luz que la mujer había sido acosada moralmente por su padre, que la trataba con una fuerza bruta y una torpeza que rayaba la perversidad y al que odiaba, aun ahora, con una intensidad desmedida, a la vez que extendía ese sentimiento, hacia cualquier persona que sintiera superior, por tener algo que ella deseaba intensamente: fuerza, falo, cosas, o lo que fuere.

Esto aparentemente tan simple, le llevó un largo tiempo procesar, porque sintió un gran remordimiento frente a ese padre prepotente, que ya no era parte de su vida cotidiana. Luego, cuando logró entender que esa enfermedad que padecía, y a la que en principio no pudo identificar con un nombre determinado, se llamaba odio, y que estaba dirigido por doquier a los que ella sentía que la superaban, tuvo un profundo pico de depresión, que afortunadamente fue agudo pero relativamente corto.

Fatigada, exhausta por este arduo trabajo y dolorida porque se sentía gratuitamente atacada por esos sentimientos, que no eran conscientes en ella porque se consideraba a sí misma una buena mujer, aceptó la invitación de una amiga a pasar unos días de descanso en una finca, con una casa rodeada de un parque frondoso y en la que había una capilla, cuya dueña original, había donado al arzobispado en homenaje a un hijo sacerdote, muerto prematuramente. En esa Iglesia se celebraban misas los domingos y la capilla que era pública, albergaba a la gente del lugar, que concurría allí y en determinada época del año realizaba en forma colectiva, matrimonios y bautismos, en un clima de gran algarabía.

Después de comer se sentaban en la galería de la casa y ella que nunca había sido afecta a las bebidas alcohólicas, tomaba unas copitas de vino de buena calidad.

La noche del domingo, en la que el cura había sido invitado a participar de la reunión familiar, ya instalados en la galería, conversando sobre distintos temas, se animó a contar públicamente lo que le sucedía, sin entrar en detalles sobre los odios infantiles y sus traumáticas consecuencias.

En realidad, se limitó a relatar los acontecimientos y con voz de pesar, redondeó el tema haciendo notar la gran culpa que la embargaba, por ser una especie de embajadora del mal.

El cura del campo, sorprendido por esta interpretación que Teresa le dio a lo

que él también llamó sus facultades, le explicó con palabras muy sencillas que esas eran situaciones manejables. Que no existían personas condenadas a hacer el mal. Las circunstancias poco favorables que le habían tocado vivir y el deseo casi infantil que aún sentía por algunas cosas, llevaban a esas fuerzas inobjetables en sí mismas, a producir esos desenlaces que ella no deseaba.

Le pidió que se tranquilizara, y le ofreciera a Dios el uso de esos poderes, para por su intermedio, prestar servicios a sus hermanos en la fe y a cualquier persona que necesitara ayuda. Le propuso un encuentro el fin de semana siguiente, para conversar sobre el tema y la posible ayuda que él le podría dar.

Ella, que ni remotamente había pensado permanecer en el campo durante tantos días, optó por quedarse, pues consideró que prácticamente ésa podría ser su última oportunidad de que alguien la ayudara.

Así lo hizo y llegado el domingo, conversando con el sacerdote, éste le dijo que al día siguiente la buscaría, a la mañana temprano, para llevarla a conocer una finca cercana que tenía una plantación de maíz.

Teresa sorprendida, no se animó ni siquiera a preguntarle la razón de la proposición, pero decidió ir.

Llegados al campo, la invitó a seguirlo. Hicieron durante casi una hora, una caminata por todo el perímetro del terreno sembrado. Luego de observar su extensión total, el cura le dijo que debían situarse en la esquina sudeste del campo. El estaría a su lado. Le pidió que deseara intensamente que las plantas afectadas sanaran. Al mismo tiempo recitaría una oración, que ella iría repitiendo, palabra por palabra, sin dejar de querer que las plantas estuviesen cada vez más vigorosas y sanas.

Situada en el lugar indicado, comenzó a imaginarse las plantas. Vio que perdían el color amarillento que tenían y adquirían un tono verde brillante, y de pronto escuchó como si vinieran de un lugar remoto las palabras del cura, que repitió con dificultad por la gran concentración en que se encontraba.

De pronto, sin saber por qué, ya que tenía los ojos cerrados, sintió que su pelo se movía como impulsado por algo que se desplazaba con lentitud. Luego sintió en su cara un hormigueo sedoso, extraño. Ella, que continuaba cumpliendo el pedido del sacerdote, de pronto sintió sus párpados pesados y en su boca, el fluir de algo viscoso. Nada de eso fue suficiente para hacerla claudicar. Sólo cuando sus fosas nasales se vieron taponadas y comenzó a sentir que le faltaba el aire, abrió los ojos repentinamente y se vio cubierta de gusanos, desde la cabeza a los pies. En ese momento, cuando estaba a punto de lanzar un alarido lacerante, sintió al cura decir la palabra *amén* y vio como los cientos y cientos de animalejos que la cubrían, se desprendían de su cuerpo y se precipitaban al suelo tiesa, imperturbable a pesar de su gran aturdimiento, recibió el abrazo del sacerdote, quien le indicó que mirara al campo, que lucía esplendoroso, y con una ternura desconocida por ella, le dijo que era una bendita criatura del bien.

Hacía muchos años que no lloraba. Entonces tampoco lo hizo, pero tuvo al menos el deseo de hacerlo, lo cual era una aproximación a un cierto grado de salud, que ella anhelaba tener.

Cuando regresó a la ciudad, se dio cuenta que había comprendido el mecanismo del que había sido presa, y que necesitaba seguir, con la ayuda del psicólogo, la tarea ver su vida, en la totalidad de sus facetas.

Fue entonces, que se animó por primera vez a abrir las compuertas de tantas emociones guardadas, de tanto amor que no pudo dar, por haber estado aprisionado por ese odio desmedido que la había llevado a la enfermedad.

Nunca tuvo el coraje de averiguar qué había pasado con aquellos que padecieron la mala orientación de su extraño poder. Lo creía innecesario, porque si había algo que no podría hacer, era reparar esos males. Pensaba para tranquilarse, que alejada ella de la esfera de acción de esas personas y curada de esos deseos descontrolados, que se habían apropiado en algunos casos de la salud de otros, lo normal sería que se recuperaran.

En ese largo buceo al interior de sí misma, ella que se había considerado siempre una persona bastante poco agraciada y casi sin cualidades que destacar, desenterró de un armario, en la casa de su madre, una carpeta portadora de folios, en donde había guardado escritos plasmados cuando era apenas una adolescente y hasta casi los veinte años, en los que alcanzó el máximo grado de desconcierto juvenil.

Los comenzó a leer como quien pasa una mirada por algo de relativa a nula importancia, hasta que dio con un poema que la dejó perpleja, pues era, ni más ni menos, que la patentización del mal que había sufrido durante todos esos años, sin sospechar en esa época de pos adolescencia, cuán profunda sería la grieta que debería atravesar en la vida, hasta dar con su camino. Lo evidente y rescatable del hallazgo era, que el mismo demostraba de manera cabal, que a esa edad, a pesar del dolor psíquico, no se había dejado ganar por el abandono y había escrito, inmersa en una profunda crisis de angustia, un desesperado pedido de ayuda, con la comprensión de que más valía luchar que darse por vencida.

Al principio lo leyó simplemente, sin intentar acordarse de las circunstancias en las que lo había escrito. Después hizo un esfuerzo para recordarlas, pero le fue imposible lograrlo.

Lo releyó tantas veces, que ya en las últimas, se dio cuenta que lo había memorizado. Le parecían palabras poco usuales en su lenguaje. Le sonaban como provenientes de algún lugar distinto a su consciencia. Le resultaba imposible haber sido capaz de escribir, lo que entonces, ya con algún criterio, consideraba una buena literatura.

Pensó si ése no habría sido un mensaje recibido del inconsciente mismo, en momentos de tanta dificultad, como habían sido sus veinte años. Se quedó reflexionando en ello y en que, a lo mejor el poema era en realidad un ruego de su interioridad, para que pudiera perdonar a su familia, todo el mal que le había proferido.

Concluyó que ese poema contenía la clave de la sanación. Que aunque ella no lo había captado conscientemente y no había logrado recorrer el camino del perdón, el germen de ese anhelo estaba escondido, ahogado por la ira que la había llevado a deseos y traumas exasperantes y a su casi destrucción.

Había tenido necesidad de sufrir. De ir y venir por tantos laberínticos caminos, para que saliera a la luz ese mensaje de la riqueza apabullada, que tenía en su fuero interno.

Todo eso la reconcilió con ella misma. La llevó a mirarse los ojos. Estaban húmedos, con lágrimas brillantes que hacían equilibrio en los párpados para no desbarrancarse. En ese momento, sintió que sería capaz de quererse a sí misma,

cuidarse, protegerse, perdonar y perdonarse.

Se recostó suavemente en su cama. Por primera vez tuvo la percepción de lo mullida y placentera que era y con los ojos levemente abiertos, como quien espiaba la vida, repasó aquellas estrofas que habían salido de sus profundidades y que había negado durante tantos años:

¿Es lo mismo el olvido que el perdón?

¿O es el olvido una mera retención del odio contenido,
que agazapado espera, dar el mortal zarpazo al menor descuido?
No es fácil el perdón, si lo es el olvido.

Mero maquillaje del mortuorio sentimiento,
que como faraónica máscara, esconde la corrupta podredumbre,
que reclama torturar al acosado enemigo.

AMOR - PERDÓN – OLVIDO – ODIO.

¿Qué artesano podría con sutil destreza,
armar como objeto de fina orfebrería, el orden de estas piezas,
que al alma sangrante de la víctima,
rescate de la mortal herida?

Maldad que a veces el tiempo adormece,
y otras con aguda palabra hiriente,
pretende destruir en su esencia,
a quien acusa ser la causa eficiente,
del esclavizante odio reprimido, que lo convierte en prisionero
de su impuro sentimiento, sin posible escapatoria.

Sutil alma atormentada, dime tú que sabes

¿quién sufre más el brutal ataque del odio,
el que lo lanza o el que lo recibe?

Las palabras, que habían brotado de su boca en forma espontánea, a medida que eran dichas lenta y sentidamente, se fueron mezclando con el gusto de sus lágrimas, que por primera vez en tantísimos años, afloraban como un mágico baño, que anunciaba la llegada de un nuevo tiempo en su vida y para el cual se estuviera por engalanar.



Lalo Lemme

San Miguel de Tucumán

Tucumán, Argentina - 1954.

A mi computadora

Eres hermosa. Cada vez que te veo me pongo a pensar en los motivos que impulsan mi adicción de mirarte. No me canso de analizar tu figura, estilizada y lisa. Respiras energía, liberas calor y transmites información a la velocidad de la conexión *wifi* a la que estés conectada. Tu todo me estremece las pupilas.

El mundo está lleno de posibilidades. Te usan para ver cursos de inglés gratuitos que no sirven para nada. La única función de esta disque *educación* es la de hacer sentir inteligentes a los *cultos* que, entre *iletrados*, viven quejándose y señalando. Es cuestión de levantar el ego y mirar con desprecio a quienes nos rodean. También he tenido la oportunidad de ver tu lado grotesco, ese que se nota cuando brillas en las madrugadas, llena de odio y sangre, de figuras grabadas hace días o años, por una cámara de baja definición. Adornando con asesinatos, accidentes mortales, gritos, depravaciones sexuales, etcétera, mis momentos de blanca desidia, le das sentido a mi discurrir.

Las herramientas dejan ver la esencia de quienes las diseñaron. Tu capacidad de ser útil para la sociedad, en el sentido de que cultivas el bien y el mal por igual en las almas, muestra el caos que mora en la cabeza de las jóvenes *marihuaneras* y los indiferentes oficinistas, que nunca votan en las elecciones presidenciales.

El increíble amor retuerce mis dientes en sueños sudorosos. La furia cuece mi sangre y digo
 << Ah, qué vueltas tan extrañas me da el conocimiento. Las tendencias en Youtube fijan mi alma y me dicen cómo ser. Quisiera seguir el ejemplo de Epa Colombia, que con esa voz delgada, que me inspira tierra, me muestra el ídolo más grande de la sociedad >>. Estoy temblando en mi habitación. Hace frío y tengo miedo. Porque sigo con los ojos cerrados, no puedo correr de la pesadilla. A los quince minutos, cansado de morirme en el colchón, me levanto súbitamente. Me abalanzo a la computadora y vuelvo a la paz de la imagen eléctrica, sintética, perfumada, en una palabra, hermosa, de mi amada.



Juan Diego Marín

Tolima, Colombia

Eternidad

El recorrer de la vida suspira junto a mi anhelo, la noche llega siempre entre silencios de ahogados deseos, y como ecos de un gran golpe retumban y estremecen viejas emociones.

Suenan tambores dentro de mí y el recuerdo desvanece al enfrentarse a mi alma, quiere escapar, pues no es libre, y mi cuerpo que es esa cárcel la asfixia poco a poco.

Avalanchas de imágenes de mundos extraños pasan ante mis ojos en tinieblas, levanto la cabeza mientras explota en mí el cosmos, mi pecho se hace de acero y una fuerza indefinible destruye la cárcel,

y vuelo,

todo ha quedado atrás,

ya no hay vida, ya no hay noche, ya no hay oscuridad

y ya no soy aquel hombre

mi nombre, es eternidad.



Jonatan Bedoya Zapata

Ibagué, Tolima, Colombia

El revólver encantado

El trasgo Sebrío Taborio observó el revólver con rostro orgulloso. Su perilla azulada brillaba con las innumerables luces mágicas de su estudio atestado de herramientas y pergaminos. Era una de sus mejores creaciones. Metal proveniente de las estrellas, bendiciones de doce magos oscuros, y trece encantamientos de cosecha propia. El noble Libelo Caldero, había pagado por adelantado una gran suma de bronce ambarino por aquella maravilla bélica.

Taborio se alejó de la mesa de trabajo y guardó el revólver en un cofre con diez cerraduras de diferentes tamaños y formas. La décima cerradura no se cerraba con llave, sino con un encantamiento. Alguien llamó a la puerta justo cuando iba a cerrar la última cerradura.

—¿Quién es? —preguntó con el ceño fruncido Taborio.

—Seglio, señó —respondió desde el otro lado una voz débil y aguda.

—Pasa, pasa Seglio.

Al estudio entró un duende diminuto de no más de cincuenta centímetros de alto, aunque bastante rechoncho. Inclino la cabeza y esperó a que Taborio terminara de cerrar el cofre.

—Toma —Taborio le acercó un papel amarillento y sucio al duende rechoncho—, debes entregar esta factura a Libelo Caldero, no quiero problemas con los inspectores de armas encantadas. Toma, llévate esto como precaución, —le colocó sobre la mano libre un saquito pequeño de cuero—, si ocurre algo, coge un poco del polvo que hay dentro, lánzalo y grita ¡RANCIO EL ÚLTIMO! ¿De acuerdo? ¿Lo recordarás?

El duende titubeó un rato. Miró la factura, luego el saquito, y finalmente a Taborio.

—Puedeg confiag en mí señó —tras éstas palabras hizo una reverencia y se esfumó tras un torbellino de polvo violeta.

Entre dos hileras de altas casas destartadas repletas de vidrieras desgastadas y cortinas roídas, esperaba una figura alta y envuelta en una capa larga y malva. En una de las altas paredes de piedra y madera, había un cartel enorme con cinco

dragones pintados de diferentes colores cada uno:

Draconia Infernal

Duelo de héroes nacionales en las Montañas de Fuego, los mejores jinetes de dragón se encontrarán el 14 de diciembre en una carrera repleta de peligros y obstáculos. ¿Te la perderás? Aún puedes conseguir tu entrada en El Glifo Dorado.

Tras el hombre encapuchado se arremolinó un humo violeta, y del humo, apareció Seglio tosiendo. El hombre retiró la capucha y dejó al descubierto un rostro alargado, pálido, y con un cabello repeinado, largo y plateado.

—Llegas tarde Seglio —dijo el hombre pálido que resultó ser el noble Libelo Caldero.

—Disculpe señó noble, el tráfico de túneles mágicos está a rebosar —respondió el duende diminuto con tono de súplica.

—Basta de cháchara ¡Duende! ¡Dame el arma! Y reza porque no te castigue por llegar tan tarde —Libelo Caldero fulminó al duende con la mirada, y extendió su mano derecha, pues con la izquierda sostenía un bastón acabado en punta. Seglio se arrodilló suplicante, y con los ojos anegados de lágrimas, le habló.

—Tiene que pegonarme señó, pego antes debe firmarse esta factura, son órdenes de mi amo, el gran artesano y agnoro Sebrío Taborio —el duende no levantó la mirada del suelo en ningún momento, esperaba temblando con la mano izquierda aferrada al saquito con polvos mágicos, y la otra extendida con la factura amarillenta colgando de sus dedos huesudos.

Libelo Caldero estaba, si eso era posible, más pálido. Sus cejas se unieron, y sus ojos fulminaron el papel. Chasqueó dos dedos y el pergamino ardió. Seglio saltó del susto, soltó la factura y lanzó un grito agudo.

—¿De verdad crees, escoria emparentada con gnomos y trasgos, que dejaré que los inspectores de armas encantadas rastreen con sus narices y burocracia, cualquier rastro de firma o palabra que pueda relacionarme con tu maldito amo?, dame el revólver, hace ya dos días que tu amo recibió el dinero.

Seglio asintió lentamente con la cabeza. Introdujo la mano que antes sostenía el recibo entre los pliegues de sus ropas raídas. Libelo relajó el rostro y esbozó una media sonrisa. Pero no duró mucho, ya que como Sebrío le indicó, al ver que la transacción no iba como esperaba, lanzó contra el pálido noble un puñado de los polvos que le había dado su amo y gritó: —¡Rancio eres tú! — Por supuesto las

palabras no fueron pronunciadas exactamente como se le había indicado, pero Libelo no se movió, estaba petrificado, y su piel se apergaminó y secó como si fuera cecina revenida.

Seglio se asustó al ver los efectos de los polvos. Aferró el saquito con fuerza, y se materializó una vez más tras la puerta que daba al taller del trasco Sebrio

Toborio.

Para su sorpresa, una voz alegre le dijo que pasara. Entró con paso titubeante, y vio a su amo con una sonrisa de oreja a oreja, haciéndole pasar con las manos.

—Creo que ese comerciante con ínfulas de gran mago, dejará de hacer tratos indebidos con los trasgos por una temporada, querido amigo —al ver el interrogante en el rostro de Seglio, continuó hablando con una expresión de lo más divertida en su rostro curtido. — Llevaba un tiempo queriendo dejar de hacer tratos con él, pero nunca aceptaba una negativa, quería más y más artefactos mágicos con los que armar a sus matones, pero se acabó amigo, se acabó, se avecinan tiempos de cambio, las profecías vuelven, y los nobles como él anclados en el viejo mundo, temen que el mal y la oscuridad pierdan la partida, pero debemos posicionarnos Seglio, todos nosotros, y debemos posicionarnos bien, ya que las decisiones son las que nos dan forma, no nuestra sangre o raza —Seglio lo observaba confundido, lo importante era que su amo no estaba enfadado, y por lo que parecía, el trabajo estaba más que cumplido.

Sebrio hurgó entre sus pantalones remendados y sacó un trozo de pergamino y se lo extendió al duende que ya se disponía a retirarse.

—Ten, una entrada para la próxima Draconia Infernalia, te la has ganado, dicen que será la más recordada en siglos, yo también iré, tenemos que apoyar a El Valle del Amanecer ¿eh? —Seglio lloró de emoción y se lanzó a los brazos del trasco rechoncho.



Ignacio Castellanos

Asturias, España, 1988

Justificación / Declaración de intenciones

Un libro de cuentos será creado, se llamará **ESTÉTICA**

OCASIONAL. Este es su nombre porque, en primer lugar, la idea es plasmar en él un *aesthetic* tipo *vaporwave*. El carácter *animesco* de los personajes se fusionará con la situación actual del joven colombiano y su modo verbal de expresión. El rostro de *Aiko*, los *memes*, el concepto de la imagen y su jerga correspondiente, *GUI's*, y los delirios existenciales, son importantes elementos del mundo en que nació *Bloodwave*, y tienen que hacer parte de cualquier propuesta estética de la palabra que tenga intención de evocar, con algo de precisión, los depresivos rosados de fondo que resaltan en el primer álbum de *Macintosh Plus*. Esto junto a la formalización de los neologismos digitales y regionales, integra la propuesta que pugna, desde la realidad, por ser plasmada en la literatura.

Hablar por hablar. Usar palabras y dichos mexicanos, a la vez que se pronuncian frases de cajón anglosajonas. Tomar esto y meterlo en la licuadora con el lenguaje coloquial de las subculturas colombianas: así se edifica un discurso fluido y verdadero, uno que no decepcione la palabra y que intente, en lo posible, no indignar el estilo de los *fossilizados ilustrados*. El respeto se mantiene porque, siendo el libro un formato inherentemente *culto* y de gran antigüedad y tradición, es imposible negar por completo la idea de *refinación del espíritu* que, en antaño, sería contraria al lenguaje de los *chinos maricas* que andan por las calles perdiendo el tiempo.

No es cierto, en la situación actual, que haya una diferencia entre *pensar sesudamente* y *gaminear*. En la vida pública no se acepta, a pesar de que las élites mantengan el poder del discurso, que haya un sector social superior. Los ilustrados que vivieran encerrados cultivando su humanidad no corresponden con los genios del hoy. Actualmente, la acumulación de capital que hace posible la *metailustración*¹ no es restregada, por los poderosos, como fuera antes la *ilustración* a través de, por ejemplo, *Qué es la Ilustración*, de *Kant*, en la cara de quienes ganan un salario mínimo. Aquella más bien se diluye junto a la *cultura pop* que tanto el de arriba como el de abajo consumen.

El ocio es un factor común que identifica, con el sector social deprimido de las comunas, a los ricos de las torres financieras. La diversión se justifica por la necesidad de los anteriores de *comprender* la

naturaleza filosófica del mundo – mucho de mérito tiene en esta tarea lo que las *movies*, *cartoons* y series de TV tienen que decir, mucho más que la experiencia misma que pudieran recoger los pensadores de nuestro tiempo por sí mismos.

Por otro lado, le puse OCASIONAL dado que mi intención no es dar testimonio de reflexiones o aforismos que puedan servir como elemento de algún sistema de adoctrinamiento fantástico, sino porque, al contrario, tengo la aspiración de mostrar lo casual e inesperada que se puede tornar la realidad del día a día, más que todo cuando eres joven y no sabes qué putas hacer con tu *pinche* vida. Observar por la ventana a un *hitman* haciendo su trabajo, ser testigo de un accidente automovilístico, escuchar una discusión entre una madre cabeza de familia deprimida y su hijo – está triste porque es el baretero del barrio, y ella esperaba que creciera y se volviera alguien en la vida, o sea, un profesional. Sucesos de este corte, hablan de lo normal, de lo que puede darse sin planeación alguna – ya sea lo contrario a esto representado en modo de calendarios, organigramas o en listas *things to do*. No es que se muestre interés por el amarillismo; es un género desagradable y asqueroso. Se describe lo horripilante de manera normal, sin pretensiones, para reivindicarlo frente a la prostitución mediática que lo carcome.

La idea de que nada se puede controlar es irrelevante en cuanto sea justificada de modo muy extenso. Los ojos y mentes del común reconocen, sin esfuerzo alguno, que todo lo que los rodea – sea un *meme evangélico*, la coyuntura nacional o el estado anímico del *novi@* – cambia tanto en su esencia, y en silueta como en el modo en que el conjunto lo percibe en cada una de las cabezas que integra el tejido social. Teniendo esto en cuenta, se llega a la siguiente conclusión: aquello casual es lo más patente. Por lo tanto, se le debería dar alguna relevancia en la literatura – o en el remedo de ella que sea resultado de la intención creadora de los creativos que con “pretensión” supina claman su “genialidad”.

Juntar la vida digital, lo incontrolable de la existencia, el lenguaje coloquial y la imagen de un árbol de *ocobos* donde una chica con aires a Kanbaru Suruga escucha punk rock, es la descripción perfecta de lo que ESTÉTICA OCASIONAL se propone en imagen. Sorprenderla con la explosión de un petardo y los ladridos de un pitbull, su *GPS* argumentativo.

(1) Metamodernismo: superación absoluta del Posmodernismo. En vez de criticar a la razón, el nuevo paradigma pugna por una fusión entre la fe y el

pensamiento lógico. Adaptar el cuerpo y la mente al sistema capitalista, creando un modelo conceptual de corte *neomisticista*, es decir, con aires de auto-ayuda, y con una tendencia innovadora son los atributos que describen al humano eficiente, triunfador y equilibrado que poblará la tierra en el siglo XXI – mientras el desarrollo siga llegando a todos los rincones del planeta, y la competencia siga siendo el ideal de la sociedad. Sin embargo, el *metamoderno* tiene sus defectos. Es ciego del absoluto a causa de la hiper especialización a la que lo obliga la economía moderna. Y además, debido a su falta de reflexión crítica y su actitud destructiva, le es imposible superar la esclavitud a la mercancía. Aparenta sosiego, pero la violencia que se oculta bajo el velo del desarrollo, explota en repetidas ocasiones, dejando que vuelva a sus raíces. Es ridículo porque a pesar de ser sano, dejar, con sus actos, en ridículo a ese civismo que tanto quisieran los políticos que existiera en todos los corazones de la nación. Es un monstruo lleno de instinto, de impulsos *racionalizados*.



Juan Diego Marín
Tolima, Colombia

Sentada a la orilla de la vida

Me siento a la orilla de la vida
tratando de mirar en mis adentros
cuantos errores y cuantos desaciertos
cuantas lágrimas surcaron mis mejillas

Soy apenas una foto desvaída
de lo que una vez fue la presencia
de una mujer fuerte y aguerrida
de la que ahora no queda ni la esencia

Soy como álbum arrinconado en el estante
al cual de vez en cuando repasamos
para ver que nada es como era antes
ni nada del pasado nos llevamos

Quizás atesoremos los recuerdos
y las vivencias que nos dieron alegrías
las tristezas seguro las dejamos
para que no nos estorben la partida

Tal vez mañana no sienta lo que hoy
y pueda otra vez mirar el sol radiante
pues sin dudarlo soy un caminante
en este mundo de angustias y dolor

Sentada a la orilla de la vida
como quien mira a través de un ventanal
percibo que tal vez lo que hice mal
fue haber sido una mujer comprometida

con su conciencia, deberes y familia.
¿No es más feliz quien es más "personal"?
Aunque tal vez le llamen egoísta
seguro que tendrá un mejor final
sin las noches de insomnio y de vigilia



Adelfa Martín

México

Sensaciones 9

Vampiro

¿Qué quiere? se preguntan: -Le dimos todo, tiempo, caricias, compañía, charlas.

Dejaron de vivir por su ser pero no se conforma, ¿quiere sus vidas?

Amor juvenil

Sus ojos, sus miradas penetrantes de pasión te emocionan, quieres que el tiempo retroceda cuando recuerdas esos sanos momentos de amor puro de juventud.

Aventura

Quieres amor, ¿eres amada?, quieres pasión... recuerdos.

Te sientes joven, con vida, con ganas de llevarte el mundo por delante.

Busca, está, la pasión está, solo es cuestión de jugarse.



Silvia E. Campero

Argentina - México

El rastreador

Reseña

Obra: El rastreador

Autor: Blanca Miosi

Longitud: 290 páginas aprox.

Amazon: <https://www.amazon.com/dp/B00Y1LRWBO/>

Formato: Ebook y papel

Idioma: Español

Fecha de publicación: 20 de mayo de 2015

ASIN: B00Y1LRWBO

Sinopsis:

Una historia de acción, complot, amor y odio que acompaña hasta el final al personaje principal, Kevin Stooskopf. Mantiene al lector expectante y atento al nudo de la narrativa en cada momento generando tensión de lo que le puede ocurrir a los personajes. Todo esto en un marco conflictivo de enfrentamientos de religiones, poderes y diferentes culturas en donde el terrorismo estará siempre presente en el desarrollo.

Kevin es un miembro de las fuerzas especiales norteamericanas y debe llevar a cabo una misión secreta impuesta por Charles Day. Lo infiltran después de tenerlo en prisión para dar confianza, y luego de su liberación comienza la aventura.

Del autor:

Blanca Miosi: nacida en Lima, Perú, padre japonés y madre peruana. Vive hace treinta años en Venezuela. Es autora de Waldek, el niño que enfrentó a los nazis, novela basada en la vida de su esposo, sobreviviente de Auschwitz y Mathausen camps. Primero la publicó en español bajo el título "La búsqueda".

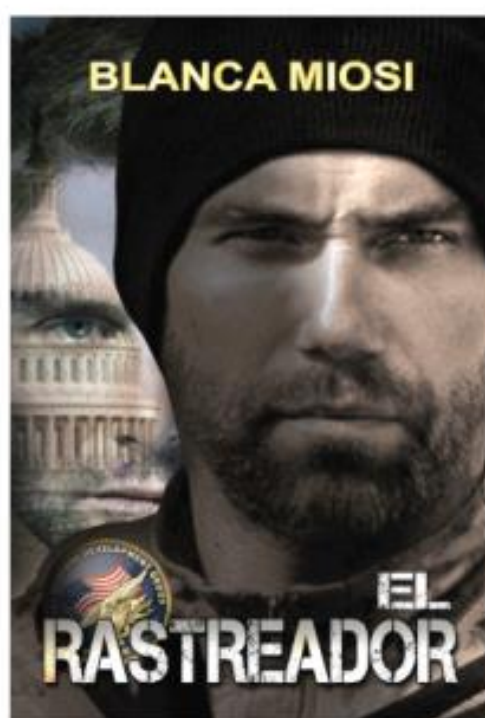
Como un autor independiente con Amazon, Blanca Miosi publicó: La búsqueda, El Legado, Dimitri Galunov, El Manuscrito I, El Secreto, El Manuscrito II y El coleccionista entre otras.

Reseña:

Una novela bien narrada, como Blanca nos tiene acostumbrados. Entretiene mientras deja información que tal vez algún lector pudiera

desconocer. Buen trabajo de investigación con escenarios adecuadamente descriptos por la autora. Kevin, el personaje principal tiene gran personalidad, fiel a sus principios, y entre la pasión por un amor imposible y el apego a su deber va desarrollando su mundo. Retirado vive en Perú con Joanna, personaje de gran importancia en la historia. De un día para el otro todo cambia al llegar Charles Day para encomendarle una misión donde deberá rescatar a su amigo de la infancia, Daniel Contreras, y donde tendrá que poner a prueba sus capacidades físicas y psicológicas.

Solamente el final me dejó una sensación de querer algo más, algo diferente, como que se acabó rápido: de pronto: Fin.



Silvia E. Campero

Argentina - México

Umbral

Se puso sus zapatos sin pensar si quedaban bien con la ropa o con el bolso. Lo que menos le importaba en ese momento era tener que fijarse en la estética cuando en realidad, por dentro, se sentía hundida y sin ni siquiera el asomo de la belleza que creía poseer.

Los pendientes que él le regaló seguían en sus orejas, el carmín aún en los labios y la sonrisa perdida para siempre en uno de los muchos callejones sin salida con los que la vida le preparaba esas encerronas a las que nunca podría acostumbrarse.

El pelo, lacio, cayendo como una cascada por su espalda.

Las llaves del coche sobre la mesilla de cristal, preparadas.

Un salto hacia adelante. Una huida.

Sin pararse a pensar, sin mirar hacia atrás, sin querer acordarse de nada salvo de sí misma, de quién fue una vez y de quién volvería a ser.

Los corazones de madera arden.

Los corazones de madera pueden ser triturados, hechos añicos, cortados en mil pedazos.

Pero nunca se doblan.



Nina Peña

La Exagerada

"Amor, ya llegué"

Radioteatro

Se escucha ruido de madera que rechina tres veces y Exagerada gime tres veces. Se escucha ruido de motor de auto. Exagerada da una aspiración ruidosa. Se escuchan pasos rápidos. Se escuchan dos golpes secos sobre madera. Se escucha ruido de llaves. Se escucha ruido de picaporte y madera que rechina.

Roberto: ¡Amor, ya llegué!

Se escuchan pasos.

Roberto: Amor, ¿dónde...?

Pausa.

Roberto: ¿Todavía en la cama? ¡Son las once de la mañana!

Exagerada: Estaba... ¡Tomaba la siesta!

Roberto: ¡¿A las once de la mañana?!

Exagerada: Es que... ¡Dormí muy mal y me quedé con sueño!

Se escuchan dos inspiraciones cortas.

Roberto: ¡Qué olor a sudor!

Exagerada: Ah, sí. Es que... Yo... ¡Estaba haciendo ejercicio!

Roberto: ¿En la cama?

Exagerada: ¡Yh, sí! ¡No me voy a romper la espalda en el suelo!

Roberto: ¿Y estabas haciendo ejercicio en la cama?

Exagerada: Claro.

Roberto: Con cuarenta grados de temperatura.

Exagerada: Esteee...

Roberto: Y desnuda.

Exagerada: ¡Por el calor!

Roberto: Okay. Voy al baño.

Exagerada: Okay.

Se escuchan tres pasos. Se escucha ruido de madera que rechina. Se escuchan seis pasos leves. Pausa.

Roberto: ¿Por qué el asiento del baño está levantado?

Se escuchan tres pasos rápidos.

Exagerada: ¡¿Qué?!

Roberto: ¡El asiento del inodoro! ¿Quién lo levantó?

Exagerada: ¡Qué sé...! ¡Digo...! ¡Yo, obvio! ¡¿Quién más lo iba a levantar?!

Roberto: ¡¿Y para qué vos vas a levantar el asiento del baño?!

Exagerada: ¡Es que lo estaba limpiando!

Roberto: ¡Si lo estabas limpiando al menos hubieras tirado de la cadena!

Exagerada: ¡Dejame de joder! ¡Tirá de la cadena y ya está!

Se escucha chorro de agua. Se escucha suspiro. Se escucha ruido de agua que corre.

Se escuchan tres pasos.

Roberto: ¿Qué hace esa ventana abierta?

Exagerada: Ah, se abre sola. La traba está fallada.
 Roberto: ¡Si la arreglé ayer!
 Se escucha golpe de metal sobre metal.
 Exagerada: ¿Me traes un vaso de agua?
 Roberto: Espera un poco. ¿Querés? Acabo de llegar.
 Exagerada: ¡Tengo que tomar el remedio! ¡¿Me podés traer un poco de agua?!
 Roberto suspira y se escuchan pasos.
 Roberto: No hace ni cinco minutos que vine y ya me está rompiendo las pelotas.
 Exagerada susurra: Dale, rajá vos también.
 Roberto: ¡¿Me hablaste?!
 Exagerada: ¡No!
 Se escucha ruido de metal que rechina. Se escucha ruido de agua que corre.
 Roberto: Debe haberle venido la regla.
 Se escucha pasos.
 Roberto: Acá tenés el... ¡¿Otra vez está abierta?! ¡La acabo de cerrar!
 Exagerada: ¡Te dije que está fallada!
 Roberto: Bueh... Por lo menos vestite que ahí viene el vecino.
 Vecino: ¡Eh, Don Roberto! ¡¿Cómo está?! ¡¿Están todos bien?!
 Roberto: ¿Nosotros? ¡Bien! ¿Cómo quiere que estemos?
 Vecinos: ¡Pero le entraron a robar! ¡¿No?! ¡¿Se llevaron algo?!
 Roberto: ¡¿Cómo que entraron a robar?! ¡¿Cuándo?!
 Vecino: ¡Recién! ¡Dos ladrones! ¡Saltaron por la ventana! ¡Se deben haber asustado cuando usted llegó!
 Se escuchan pasos rápidos.
 Roberto: ¡Amor, me dicen que entraron a...! ¿Amor?
 Se escucha ruido de picaporte y golpe fuerte sobre madera.
 Roberto: Hija de... ¡Sí, estamos bien! ¡No se llevaron nada! ¡Hasta luego!
 Se escucha golpe de metal sobre metal.
 Roberto: ¡Pedazo de pu...!
 Se escucha ruido de picaporte y ruido de madera que rechina. Se escuchan pasos rápidos.
 Roberto: ¡¿Volviste hije de...?!
 Se escucha ruido de aspiración fuerte.
 Roberto: ¡¿Y vos quién sos?!
 Muchacho: Esteee...
 Muchacho se ríe.
 Muchacho: ¿Me va a creer que venía a robarle?
 Se escucha golpe fuerte sobre madera y ruido de picaporte.
 Fin.



Victor Gabriel Pardo
 Buenos Aires, Argentina

Frases célebres

Estimados amigos.

Aún sobrecogido por el triste y reciente fallecimiento de nuestra amiga y asociada, la escritora y poeta mejicana Adelfa Martín, no puedo más que dedicar mi colaboración de este mes a sus letras. Como saben, en esta sección suelo traerles frases de personajes célebres reivindicando con ellas la inmortalidad de sus autores. Hoy, sin embargo, no es necesaria demanda alguna, pues es evidente que Adelfa sigue muy viva entre nosotros. Cualquier reconocimiento póstumo es insignificante si de lo que se trata es de homenajear a alguien que luchó con todas sus fuerzas por la solidaridad entre autores, por la promoción de sus obras y las de muchos compañeros y, en definitiva, por la Literatura y el Arte. Los autores independientes nos sentimos hoy huérfanos y deseamos enviar nuestras muestras de condolencia a su familia y allegados. Desde donde quiera que estés, Adelfa, siempre te recordaremos como un gran ejemplo a seguir. Aquí, en Umbral, la célebre eres tú, querida, y nosotros te celebramos acariciando tus frases, tus versos, que jamás nos abandonarán:

"Creo que es inevitable que lo que somos como personas, lo que hemos vivido, se refleje en lo que escribimos, o al menos, lo que nos mueve socialmente; lo que tenemos fundamentado como principios y creencias."

"A veces, cuando hay acontecimientos que me cimbran, no puedo dejar de impactarme viendo a los poetas escribir sobre el amor y la pasión o una puesta de sol, cuando el mundo se cae a pedazos.

Verso de Tiempo sin tiempo:

[...]

La soledad es un mito que me acompaña.

La alegría, una sombra igual

al sonido del tren lejano y cercano.

[...]

Verso de Los cuernos de la luna:
[...]
Que lo olvidado sea la charada
Que quizás alguna vez tuvo sentido
Cuando el inmundo mundo que abandono
Devuelva en este viaje sin regreso
Lo que una vez se diera por perdido...
[...]



Adelfa Martín



*Víctor Alejandro
Hernández García*

La Palma, Canarias, ESPAÑA - 1978